

Investigación y reportajes
Página/12

**No sólo la compra de armamentos, sino la totalidad de los gastos militares relativos al funcionamiento del complejo militar, recargan el endeudamiento nacional. A ello se agrega el gasto militar norteamericano, que impulsa y utiliza el endeudamiento ajeno para financiar sus propios costos.**

# LOS DEUDORES ARMADOS

*Por Marcelo Zlotogwiazda*

Aunque no abundantes son frecuentes las declaraciones de personalidades que condenan desde la ética y la moral a la carrera armamentista. ''Vivimos sobre lo que serán los escombros de una tercera guerra mundial'', exclamó el estadounidense Bernard Lown en Caracas el último día de octubre de 1986. Lown preside junto al soviético Evgueni Chazov la Asociación de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear, que recibió el Premio Nobel de la Paz correspondiente a 1985.

Otro Premio Nobel, el colombiano Gabriel García Márquez, apeló a una figura literaria y propuso ''concebir y fabricar un arca de la memoria capaz de sobrevivir al diluvio atómico... para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarle las cucarachas: que aquí existió vida''. Lo dijo en Ixtapa, México, el 7 de agosto de 1986 en la segunda reunión cumbre del Grupo de los Seis, y uno de los presentes en el auditorio era el presidente Raúl Alfonsín. Ese foro había sido creado dos años antes, en mayo de 1984, por los jefes de Estado de Argentina, Grecia, México, Tanzania, India y Suecia. La declaración inaugural de la reunión de mandatarios de cinco continentes tampoco estuvo exenta de apelaciones éticas: ''La probabilidad de un holocausto nuclear aumenta, a la vez que disminuye el tiempo de alerta y los armamentos son cada vez más rápidos, más precisos, más mortíferos''. ''Hay una urgente necesidad –decía el documento– de transferir sustanciales recursos, que actualmente se destinan a la carrera armamentista, al desarrollo económico y social.''

El discurso moral se entremezcla con el económico, habitualmente bajo la forma de arengas apocalípticas que emergen casi siempre de la mano de las comparaciones numéricas. Las proporciones suelen ser didácticas, y las cifras escalofriantes y movilizadoras... o paralizantes. ''Los gastos militares anuales ascienden a 900.000 millones de dólares, hay más de 60.000 armas nucleares, 4000 toneladas de dinamita por cada hombre, mujer y niño que habita el planeta; 112.000 norteamericanos con acceso al armamento nuclear, de los cuales unos 5000 son despedidos cada año por drogadicción, alcoholismo, trastornos de conducta, psicopatías y otras causas'', alertaba Lown en la capital venezolana.

La prosa de García Márquez se inunda de números y equivalencias: diez portaviones norteamericanos Nimitz o una campaña que evite la muerte por paludismo de 14 millones de niños, sólo en Africa; 27 cohetes MX o los equipos agrícolas necesarios para que los países pobres adquieran la suficiencia alimentaria por cuatro años; un submarino atómico Tridente de Estados Unidos y uno parecido que construye la Unión Soviética denominado Typhoon, o la alfabetización para todos los habitantes del planeta.

El 25 de septiembre de 1984 el presidente Raúl Alfonsín expuso por primera vez sus dotes de orador en las Naciones Unidas: ''Un mundo en donde los arsenales sustituyen a la política y las finanzas a la economía, es un mundo en peligro''. No era un planteo ético el del Presidente, sino político y económico. A Rita Mc Williams Tullberg, investigadora del Instituto Internacional de Estocolmo de Investigaciones para la Paz (SIPRI), le gustó la frase del Presidente, pero le pareció incompleta. La complementa: ''Un mundo en mayor peligro es aquel en donde los arsenales son un elemento de las finanzas internacionales''.

## La deuda de las armas

La ética y la moral aterrizan en la política, ésta se confunde con la economía que, a su vez, pasa a ser dominada por las finanzas internacionales, en cuyo escenario la deuda externa protagoniza buena parte de la tragedia. En un artículo publicado en el número de marzo de este año de revista mexicana *Comercio Exterior* con el título ''La deuda por gastos militares en los países en desarrollo no petroleros, 1972-1982'', Tullberg analiza la trilogía armas-deuda-finanzas: los gastos militares como causa de la deuda externa del Tercer Mundo, y esta como eje central de las finanzas.

El análisis es original porque contrasta con la costumbre de relegar los gastos militares a un lugar secundario entre los factores que generaron el endeudamiento externo de los últimos quince años, que para los países en desarrollo no petroleros alcanzaba a fines de 1985 a 765.000 millones de dólares, según los cálculos del Fondo Monetario Internacional (FMI) (cuadro 1). Los petrodólares de la crisis energética del decenio pasado, las exorbitantes tasas de interés en los centros financieros, la reducción del volumen y de los precios de exportación de las materias primas no petroleras, e incluso las políticas económicas aplicadas en muchos de esos países, aparecen generalmente antes que los gastos militares como explicaciones del fenómeno del endeudamiento externo. No es este el caso: para Tullberg el gasto militar no sólo conspira contra concepciones éticas.

Rita Tullberg, señala que ''de no haber comprado armas entre 1972 y 1982, los países en desarrollo no petroleros se habrían endeudado 20 por ciento menos cada año y al final del período sus deudas acumuladas habrían sido cerca del 13 por ciento menores''. Bajo esa hipótesis, y de acuerdo a los cálculos de Tullberg (cuadros 2 y 3), los países en desarrollo no petroleros se hubieran ahorrado durante esos once años tomar créditos por 67.991 millones de dólares, que se elevan a 86.585 millones si se incluye el endeudamiento adicional que tuvieron que contraer para financiar los intereses correspondientes a la porción de esos créditos vencidos en ese período. Teniendo en cuenta que la deuda externa total de esos países sumaba 649.000 millones de dólares en 1982, el ahorro hubiese representado a un 13,3 por ciento.

## Adiós a las armas

Podría argumentarse que así como esos países adquirieron armamento, también importaron otros bienes y productos y que, por lo tanto, cualquiera de ellos podría ser señalado como origen del endeudamiento. Empero la agencia para el Control de Armas y Desarme del gobierno de Estados Unidos (ACDA) calculó que ''el valor a precios constantes de la transferencia de armas a los países en desarrollo no petroleros se más que duplicó de 1972 a 1982, con lo cual su participación en las transferencias mundiales de armas se incrementó de 31 a 41 por ciento'' (Gastos Militares Mundiales y Transferencia de Armas, Washington, abril de 1984).

En relación con el conjunto de gastos militares Nicole Ball, del Instituto Sueco de Asuntos

Alejandro Kacero

**Monumento al Soldado Caído en las Malvinas inaugurado el 14 de junio de este año. De perfil al edificio del Comando en Jefe y de espaldas a la ciudad.**

Gustavo Gilabert



# LOS DEUDORES ARMADOS

Internacionales, sostiene que "si bien los gastos militares del Tercer Mundo se han más que triplicado en términos reales en los últimos 20 años, casi el 80 por ciento de las erogaciones de defensa correspondientes a 1984 las realizaron los países desarrollados" ("Gastos Militares, relaciones económicas internacionales y distensión", *Comercio Exterior*, diciembre de 1986).

Uno y otro dato están relacionados. Parte de los gastos de las potencias son recuperados a través de las ventas de armas al Tercer Mundo. Ball agrega que "la magnitud de las erogaciones en armamento del Tercer Mundo depende de las presiones de los países productores de armas", y Tullberg interpone el nexo entre las armas y las finanzas: "Una parte de la demanda de créditos extranjeros de los países en desarrollo ha sido para comprar armas a los países desarrollados, que desean mantener la viabilidad de sus propias industrias de armamentos".

Pero no sólo a través del tráfico de armas los gastos militares engrosaron la deuda externa del mundo en desarrollo. Los desequilibrios presupuestarios de estos países, con sus consiguientes desbordes inflacionarios y crisis de balanza de pagos, obligaron a los gobiernos a acudir al financiamiento externo para cubrir el déficit público. Para el FMI "a principios de los ochenta la proporción del gasto que los gobiernos centrales de los países en desarrollo no petroleros dedicaron al sector militar fue superior al de la salud en el 68 por ciento de los casos, y en el 64 por ciento de los pases fue mayor que el destinado al bienestar y seguridad social" (Government Finance Statistics, 1983).

En el caso particular de la Argentina los datos de ACDA indican que el gasto público anual destinado al sector militar alcanzó un promedio del 13,7 por ciento entre 1973 y 1983. En ese porcentaje se incluye una cifra que oscila entre 5000 y 10.000 millones de dólares que el país destinó a la importación de armamentos.

Tomando en cuenta que –como lo afirma Nicole Ball– "al contrario de lo que supone la opinión pública, en un número importante de países de Asia, Africa y América latina la compra de armamento es una parte relativamente pequeña de todo el gasto militar", se pone de manifiesto que el impacto de los gastos militares corrientes (sin armas) sobre el déficit fiscal, la balanza de pagos y, en consecuencia, sobre el crecimiento de la deuda fue seguramente mayor que el efecto directo de la compra de armas. En un trabajo que realizó Ball ("Gastos en Seguridad del Tercer Mundo") sobre 20 países en desarrollo entre los que se encuentra Argentina, se llega a la conclusión que "en promedio, los gastos corrientes de esos 20 países representaron entre el 70 y el 90 por ciento, y que los de personal fluctuaron de 50 a 70 por ciento de todo el presupuesto militar".

Cuadro 1

**Deuda Externa de los países en desarrollo no petroleros**

*(Miles de millones de dólares)*

| | |
|---|---|
| 1973 | 130 |
| 1977 | 288 |
| 1979 | 404 |
| 1981 | 572 |
| 1982 | 649 |
| 1983 | 686 |
| 1984 | 729 |
| 1985 | 765 |

Fuente: World Economic Outlook, Fondo Monetario Internacional

Cuadro 3

**Deuda militar acumulada**

*(millones de dólares)*

| AÑO | CREDITO PARA ARMAS | INTERESES Y SERVICIOS DE LA DEUDA* |
|---|---|---|
| 1972 | 2950 | |
| 1973 | 2480 | 165 |
| 1974 | 2510 | 340 |
| 1975 | 3303 | 527 |
| 1976 | 5155 | 764 |
| 1977 | 5990 | 1129 |
| 1978 | 6525 | 1567 |
| 1979 | 7910 | 2115 |
| 1980 | 10270 | 2907 |
| 1981 | 9535 | 3931 |
| 1982 | 11361 | 5148 |
| 1972-82 | 67991 | 18594 |

Deuda e intereses acumulados en el período 1972-1982: 86.585
Fuente: FMI, ACDA, OTAN, Banco Mundial

*Pagados por créditos de armas

## El arma de la deuda

La relativización de la importancia que tuvo la compra de armas por parte de los países en desarrollo sobre la gestación de su endeudamiento, en comparación con la totalidad de sus gastos militares, ubica a las Fuerzas Armadas en su conjunto (más allá del elemento concreto que viabiliza su poder) como factor político clave en el crecimiento de la deuda.

Pero quizás aun mayor que la incidencia de los gastos militares y desequilibrios presupuestarios de los países en desarrollo sobre el incremento de sus respectivas deudas, fue el efecto del gasto militar norteamericano y su monumental déficit presupuestario. Contrastando con los recortes que la administración de Ronald Reagan hizo en las partidas dedicadas a educación, salud y vivienda, el presupuesto militar ha subido un 8,6 por ciento en términos reales entre 1980 y 1985. Uno de cada cuatro dólares que gasta el sector público de Estados Unidos se destina a gastos militares, que son la causa principal de los aproximadamente 200.000 millones de dólares de déficit presupuestario de ese país.

Además de la interacción entre la producción de armas por parte de Estados Unidos y las importaciones del Tercer Mundo, el desequilibrio de las arcas norteamericanas hizo crecer enormemente la tasa de interés internacional y, en consecuencia, los servicios de la deuda que tuvieron que pagar o refinanciar los países que contrajeron préstamos a tasas de interés flotantes. En 1982, el 37 por ciento de la deuda de los países en desarrollo no petroleros estaba contratada a tasa de interés variable. De 1971 a 1980 la tasa internacional de interés real (descontada la inflación) fue en promedio negativa, mientras que en 1981 alcanzó valores positivos mayores al 7,5 por ciento anual y en 1982 fue superior al 11 por ciento. Si se hace el ejercicio de imaginar una tasa real de interés igual a cero para la porción de deuda contraída a tasas variables, el resultado arroja un ahorro en el pago de intereses de algo más de 26.000 millones de dólares, nada más que para el año 1982.

El gasto militar norteamericano no sólo impulsó el endeudamiento del Tercer Mundo, sino que ahora, además, utiliza lo que alcanza a cobrar de los intereses para continuar financiándolo.

Si la transferencia de armas fue un factor central en el crecimiento de la deuda externa durante los años pasados, efecto del gasto militar norteamericano no es algo histórico sino de estricta actualidad. Esas erogaciones impulsan

Guillermo Loiácono




un alza en la tasa de interés internacional, esto implica mayores servicios para los países endeudados que, a su vez, sirven para volver a alimentar el circuito.

Las industrias aeronáutica, electrónica, naval, de telecomunicaciones, nuclear, de biotecnología e informática que crecieron en los países acreedores a un ritmo exorbitante deben algo de sus resultados al complejo mecanismo montado sobre las armas y las finanzas. El mismo mecanismo que en el Sur muestra resultados totalmente opuestos, como un juego de suma cero con efectos simétricamente distintos en el que lo que ganan unos lo pierden otros. A menos que pierdan todos y el juego se convierta en infinitamente negativo. "Puede decirse –decía García Márquez– que la cancelación de la deuda externa de todo el Tercer Mundo, y su recuperación económica durante diez años, costaría poco más de la sexta parte de los gastos militares del mundo en ese mismo tiempo. Con todo, frente a ese despilfarro económico descomunal, es todavía más inquietante el despilfarro humano: la industria de la guerra mantiene en cautiverio al más grande contingente de sabios jamás reunido para empresa alguna en la historia de la humanidad. Mañana, cuando despertemos, habrán terminado nueve ojivas más para los guadarneses de muerte del hemisferio de los ricos. Con lo que costará una sola alcanzaría –aunque sólo fuera por un domingo de otoño– para perfumar de sándalo las cataratas del Niágara."

Cuadro 2

**Estimación de los créditos para armas a los países en desarrollo no petroleros 1972-1982**

*(millones de dólares)*

| | 1972 | 1973 | 1974 | 1975 | 1976 | 1977 | 1978 | 1979 | 1980 | 1981 | 1982 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1. Transferencia de armas | 6005 | 7390 | 5165 | 5145 | 6120 | 7025 | 8565 | 11085 | 12690 | 12540 | 13895 |
| 2. Donaciones de EE.UU. | 2400 | 3420 | 1520 | 1400 | 190 | 70 | 130 | 170 | 340 | 280 | 290 |
| 3. Donaciones de URSS | 490 | 900 | 520 | 360 | 760 | 710 | 1040 | 2540 | 1580 | 1560 | 1720 |
| 4. Armas que deben pagarse 1-(2+3) | 3115 | 3070 | 3125 | 3385 | 5170 | 6245 | 7395 | 8375 | 10770 | 10700 | 11886 |
| 5. Armas pagadas | 165 | 590 | 615 | 80 | 15 | 255 | 870 | 465 | 500 | 1165 | 525 |
| 6. Crédito para armas (4-5) | 2950 | 2480 | 2510 | 3305 | 5155 | 5990 | 6525 | 7910 | 10270 | 9535 | 11361 |

Fuente: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, ACDA, OTAN




ESTADOS UNIDOS - AMERICA LATINA

# Democracia e imperio

*Por Octavio Paz*

En varios escritos me he ocupado de las relaciones de Estados Unidos con América latina, especialmente con México. Vuelvo al tema con algunas observaciones adicionales. Las relaciones entre estos dos mundos han sido particularmente difíciles debido a diversas circunstancias. La primordial es la diversidad de historia y cultura: ellos son los hijos de la Reforma y de la Ilustración; nosotros, de la Contrarreforma y de los imperios de España y Portugal.

No menos determinante ha sido y es la inmensa desigualdad económica, técnica, política y militar. Esta desigualdad ha sido el origen de muchos abusos e injusticias, equívocos y resentimientos. Pero hay otra fuente de malentendidos y desacuerdos: la incapacidad para comprender al *otro*. Ni los norteamericanos ni los latinoamericanos sabemos dialogar con los extraños. En general, la imagen que nos hacemos de los *otros* –terrible o grotesca, monstruosa o irrisoria– es el reflejo de nuestros temores, carencias y contradicciones íntimas. No son tanto una imagen del extraño como de nosotros mismos. Esta deformación psicológica y social es universal, pero en cada pueblo tiene características específicas, hijas de su historia. En el caso de los Estados Unidos refleja una contradicción básica, presente desde su nacimiento y que su carrera de gran potencia ha hecho más y más visible. La contradicción norteamericana puede enunciarse, sucintamente, de esta manera: son una democracia y son un imperio. Analizar la naturaleza de esta oposición, así sea superficialmente, puede ayudarnos a comprender un poco la política internacional de Estados Unidos.

Comenzaré por decir que la raíz de esta contradicción, que lleva a los norteamericanos a emprender acciones repentinas y brutales, seguidas por períodos de indecisión –curiosa mezcla de maquiavelismo y candor–, es otra, más profunda. Esta última consiste en la oposición entre lo público y lo privado. La democracia norteamericana fue fundada para proteger el derecho de los individuos a seguir libremente sus aspiraciones y perseguir sus fines particulares, siempre que unas y otros sean legítimos.

La idea de *felicidad* no es una noción política, sino más bien íntima y personal; sin embargo, figura de modo prominente en su Constitución, y nada menos que como uno de sus fines. En cambio, ni en las leyes fundamentales ni en la moral colectiva aparece alguna idea suprainlividual, religiosa, política o metafísica que sea la *raison d'être* de la nación norteamericana. Me refiero a esas nociones colectivas que resume una palabra y designa un emblema: la *polis*, la *urbis*, la cruz, la media luna, la hoz y el martillo, el sol naciente, etcétera. Esto ha tenido un efecto doble: el primero, benéfico, ha sido limitar el poder del Estado, prevenir los abusos gubernamentales y asegurar la libertad general; el segundo, nefasto, la sobrevaloración del individualismo. En ciertos momentos de la historia contemporánea de Estados Unidos, la saludable separación entre los fines privados y la responsabilidad pública se ha convertido en divorcio suicida.

Desde su origen en Grecia, la significación social e histórica de la democracia consistió, esencialmente, en el derecho del ciudadano a ocuparse de los asuntos públicos. Era un derecho inherente a la condición de ciudadano. La revolución democrática convirtió a los individuos privados en sujetos públicos que, reunidos en asambleas, discutían y resolvían, por medio del voto, los negocios colectivos.

La decadencia de la democracia ateniense comenzó cuando, a consecuencia de la derrota de Queronea, se retiró a una parte de la ciudadanía sus derechos políticos. La gran novedad política de la democracia, en la Antigüedad, consistió en hacer del súbdito del monarca (sujeto privado) un ciudadano (sujeto público). En la Edad Moderna, sobre todo en Estados Unidos, se invierte la relación entre los términos: es decir, entre el poder público y el sujeto privado. La Constitución norteamericana consagra un principio que no sólo reconoce el derecho de los ciudadanos a participar en la vida pública, sino que traza límites estrictos a la intervención del poder público en la vida privada y en los asuntos de los ciudadanos. En el mundo antiguo, lo privado (el ciudadano) tiene jurisdicción sobre lo público (la ciudad); en el mundo moderno, especialmente en Estados Unidos, el poder público atenúa notablemente su jurisdicción sobre lo privado.

La observación que acabo de hacer se refiere al aspecto negativo, por decirlo así, del principio de la preeminencia de lo privado sobre lo público. En su forma positiva, se expresa, como ya señalé, por la declaración constitucional en la que se afirma que uno de los fines de Estados Unidos, como nación soberana, consiste en asegurar la libre y pacífica "búsqueda de la felicidad". Aquí, la política se subordina clara y explícitamente a lo privado.

En efecto, la búsqueda de la felicidad es, por esencia, una actividad privada, íntima; por esto ha sido, tradicionalmente, el dominio de la religión, la filosofía y la moral. En la Antigüedad, la decadencia de la *polis* y de la democracia, durante el período helenístico, coincidió con el gran cambio filosófico: los epicúreos y los escépticos mostraron desdén por las especulaciones políticas de la filosofía clásica (Platón y Aristóteles); concibieron la filosofía no como un saber que comprendía temas políticos tales como los deberes y derechos del ciudadano, el tipo ideal de sociedad y otras cuestiones semejantes que habían preocupado a sus grandes predecesores, sino como la búsqueda de la serenidad y la felicidad en la vida privada. La decepción ante los reveses históricos de la *polis* se reflejó en esta renuncia de los filósofos a la especulación política. La excepción fueron los estoicos, pero ellos también dejaron de ver en el hombre al ciudadano, a la manera de Aristóteles, que lo había definido como un "animal político"; es decir, como un ciudadano; para ellos, la patria del hombre no era la ciudad, sino el cosmos, la sociedad universal de las sociedades.

La originalidad histórica de Estados Unidos aparece desde esta perspectiva muy claramente. Ni la renuncia a la vida pública como la de los epicúreos y los escépticos de la Antigüedad y la de muchas sectas religiosas, ni tampoco la supeditación del súbdito al poder público, salvo en materia de fe, como en el cristianismo (al César lo que es del César).

La revolución de la modernidad, sobre todo en su expresión más radical y completa, Estados Unidos, consiste en una inversión de valores que es a un tiempo política y ética: el fundamento de la sociedad es la vida privada. La preeminencia de lo privado es, sin duda, una herencia de la Reforma que, frente a la tradición del catolicismo romano, acentuó la subjetividad del creyente y consagró la libre interpretación de las Escrituras. Al atenuarse los rigores de la ética puritana, este individualismo facilitó el tránsito hacia el hedonismo contemporáneo. Ahora bien, en la esfera de la política, el hedonismo se manifiesta como desinterés por los asuntos públicos. El mal que infecta a las sociedades liberales modernas es su creciente indiferencia frente a los valores sociales; es decir, su nihilismo. El ideal del diablo es la indiferencia universal. El sorprendente abstencionismo en las elecciones norteamericanas, precisamente en la nación reputada como una isla de democracia en este bajo mundo, confirma que la libertad de los ciudadanos no sólo es el origen de actos heroicos, sino también de la egoísta indiferencia. Esto lo sabían los griegos y los romanos, pero nosotros, lo modernos, lo habíamos olvidado.

A la exaltación del individuo en la tradición religiosa y política de Estados Unidos debe agregarse otro factor determinante: el carácter antihistórico de su proyecto nacional, que tiene los ojos puestos en el futuro y pretende hacer tabla rasa del pasado. Este es origen del aislacionismo norteamericano. Las raíces del aislacionismo son históricas. Estados Unidos fue fundado cara al mundo, frente y contra el pasado, sobre todo el pasado europeo: monarquía, nobleza, jerarquías hereditarias.

La condenación de la historia contiene la afirmación implícita de un pueblo elegido que escapa de la historia y sus conflictos para realizarse en la *no man's land* del futuro. Los medios para alcanzar esa finalidad son la libre asociación, el trabajo y sus recompensas: la democracia y la libertad. Pero democracia y libertad *dentro* de la comunidad de los elegidos. Para los fundadores de Estados Unidos habría sido impensable llevar la guerra a otras tierras para implantar sus ideas de libertad y democracia. Y esto fue lo que hicieron, cabalmente, en esos mismos años los revolucionarios franceses. ¿Dos temperamentos nacionales? Más bien dos visiones del mundo. La vocación de los norteamericanos tiene su origen en el protestantismo fundador, y su expresión es un dualismo moral: ellos y nosotros.

Este dualismo es, en sí mismo, una contradicción: Estados Unidos estaba condenado, desde el principio, a tratar con los otros. Los autores de la declaración de independencia y de la Constitución eran los herederos de una doble tradición: la Reforma y la Ilustración. Ambos movimientos habían sido una crítica de las perversiones y las corrupciones de la historia y una tentativa por volver al principio del principio. Aunque inspirados por ideas distintas, en ambos la crítica se enlaza a la visión de una sociedad nueva y compuesta por hombres nuevos. Así fundaron a su país para escapar de la historia, pero ese acto fue eminentemente histórico; desde entonces, el pueblo norteamericano *está* en la historia: entre, frente, contra y con los otros pueblos.

Hoy son una gran potencia y no solamente su destino, sino su supervivencia misma es inseparable de su acción en el mundo. El espacio en donde se despliega su acción no es el territorio abstracto del futuro, sino el muy concreto de la historia en su dimensión más inmediata y urgente: el presente. De ahí que los norteamericanos den con frecuencia la impresión de no estar muy seguros de cuál es su función en el mundo. Esta indecisión se manifiesta, como dije, por acciones imprevistas, generalmente violentas y de corto alcance, que invariablemente se resuelven en recaídas en el aislacionismo. Se trata de una predisposición nacional, compartida por los demócratas y los republicanos: un rasgo decididamente antirromano.

Otro ejemplo de la naturaleza paradójica de la acción internacional norteamericana ha sido la política frente a la Unión Soviética, llamada de *containment*. Esta política fue la doctrina semioficial de los Estados Unidos hasta hace unos cuantos años. Contener al adversario es la mitad de la acción; más claramente: una acción puramente defensiva es una acción negativa y, en cierto modo, es una no-acción. No es una estrategia, sino una táctica destinada a detener al adversario y así prolongar el conflicto sin resolverlo. Con esto no quiero decir que los norteamericanos deberían seguir una política ofensiva contra los rusos, sino que, por sí sola, la política defensiva no contiene ningún elemento positivo; no es la guerra, pero tampoco es la paz.

Un ejemplo contrario es el de la política soviética: en ningún momento, Rusia ha desistido ni ha capitulado. Sus objetivos de hoy son los de ayer: la dominación universal de un sistema y una idea; su estrategia también es la misma: una acción paciente y de largo plazo que combina las tácticas ofensivas con las defensivas; la violencia con la acción diplomática, cuidadosa siempre de no desencadenar ningún conflicto, pero sin abandonar jamás sus objetivos. Una verdadera estrategia imperial en la que los retrocesos mismos son transitorios, pausas que sirven para preparar nuevas acciones. La política soviética tiene una finalidad: ¿cuál es la de Estados Unidos?

Una consecuencia de esta actitud es la ausencia de una clara distinción entre los asuntos interiores y los externos. En las democracias, las facciones tienden a ver la política exterior como una dimensión de la interior, y muchas veces no vacilan en usar los temas internacionales como armas ideológicas en sus luchas por el poder. Es una confusión que perdió a los atenienses y que hoy es la llaga enconada de la política exterior norteamericana. En ella se expresa abiertamente a la luz pública la oposición entre democracia e imperio. Esta oposición no es nueva en la historia: la conocieron las democracias de la Antigüedad y, en el siglo XIX, Inglaterra y Francia.

El precedente de Atenas y Roma es particularmente instructivo: la primera, incapaz de curar con medios democráticos los males de su democracia, fue derrotada por sus enemigos; la segunda sobrevivió y se engrandeció, pero tuvo que sacrificar sus instituciones republicanas y democráticas. No sabemos qué porvenir aguarda a la nación norteamericana. Nuevos fracasos en su política internacional podrían provocar una ola de extremismo nacionalista. Hoy se ve al cesarismo como una posibilidad no sólo remota, sino quimérica; se olvida así que, históricamente, ha sido una tentación permanente en todas las democracias en períodos de peligros y de crisis. Estados Unidos no es una excepción histórica.

La política exterior de un gran país no puede ser objeto de las disputas entre los partidos y las facciones; tampoco puede ser el pretexto para maniobras electorales y escándalos repetidos. En verdad que las querellas despiadadas entre los partidos, los grupos y los individuos no son nuevas en la historia. La democracia ha sido siempre el gran semillero de la gran pasión mortífera: la *envidia*. Durante los últimos años, la vida pública norteamericana parece la ilustración viviente de las críticas de los antiguos filósofos e historiadores acerca de los males de las democracias: las disputas internas entre los grupos y las banderías, que son muchas veces coaliciones inspiradas por una ideología y un programa; la indiferencia de la mayoría por los temas generales, nacionales e internacionales; la sorprendente persistencia de un miope provincialismo en el país mejor informado del mundo; la concepción de la política como una lucha de personas y no de ideas; la transformación de la vida pública en espectáculo: Estados Unidos ha evitado el caudillismo y las tiranías, pero ha convertido a sus dirigentes en figuras no muy distintas de las del campeón deportivo y la estrella del cine y la televisión; el culto inmoderado por la publicidad, fomentado por la prensa y los medios de comunicación, que especula con la fascinación del pueblo ante la vida privada de sus dirigentes; la mezcla de morbosidad y puritanismo en la opinión popular, en fin, la envidia general disfrazada de preceptos morales… Todos estos rasgos componen un cuadro que sería curioso si no fuese también deprimente.

En un pasaje de su *Historia*, al hablar de la caída de las ciudades griegas, Polibio dice algo que es perfectamente aplicable a la situación de Estados Unidos: "Todos los pueblos que llevan en la sangre la inclinación a dominar y la pasión de la libertad no cesan nunca de pelear entre ellos, porque ninguno está dispuesto a ceder al otro el primer puesto". Esta doble pasión nace con la libertad y acaba con ella. Entre la demagogia y el cesarismo, ¿no hay una solución intermedia? Sí, los romanos la llamaban *virtud*, y los cristianos, *templanza*. Ambas son respuestas a situaciones semejantes: la insurreción de los apetitos y las pasiones es un relajamiento de la libertad, y sólo puede remediarse por un acto libre de automoderación. Este acto es íntimo y moral, traducirlo a términos *sociales y políticos modernos* es extraordinariamente difícil. Sin embargo, ésta es la tarea que impone la historia contemporánea a los ciudadanos de Estados Unidos. Encontrar la respuesta a este reto será resolver, o al menos atenuar, la contradicción entre imperio y democracia.




Internacionales, sostiene que "si bien los gastos militares del Tercer Mundo se han más que triplicado en términos reales en los últimos 20 años, casi el 80 por ciento de las erogaciones de defensa correspondientes a 1984 las realizaron los países desarrollados" ("Gastos Militares, relaciones económicas internacionales y distensión", *Comercio Exterior*, diciembre de 1986).

Uno y otro dato están relacionados. Parte de los gastos de las potencias son recuperados a través de las ventas de armas al Tercer Mundo. Ball agrega que "la magnitud de las erogaciones en armamento del Tercer Mundo depende de las presiones de los países productores de armas", y Tullberg interpone el nexo entre las armas y las finanzas: "Una parte de la demanda de créditos extranjeros de los países en desarrollo ha sido para comprar armas a los países desarrollados, que desean mantener la viabilidad de sus propias industrias de armamentos".

Pero no sólo a través del tráfico de armas los gastos militares engrosaron la deuda externa del mundo en desarrollo. Los desequilibrios presupuestarios de estos países, con sus consiguientes desbordes inflacionarios y crisis de balanza de pagos, obligaron a los gobiernos a acudir al financiamiento externo para cubrir el déficit público. Para el FMI "a principios de los ochenta la proporción del gasto que los gobiernos centrales de los países en desarrollo no petroleros dedicaron al sector militar fue superior al de la salud en el 68 por ciento de los casos, y en el 64 por ciento de los pases fue mayor que el destinado al bienestar y seguridad social" (Government Finance Statistics, 1983).

En el caso particular de la Argentina los datos de ACDA indican que el gasto público anual destinado al sector militar alcanzó un promedio del 13,7 por ciento entre 1973 y 1983. En ese porcentaje se incluye una cifra que oscila entre 5000 y 10.000 millones de dólares que el país destinó a la importación de armamentos.

Tomando en cuenta que –como lo afirma Nicole Ball– "al contrario de lo que supone la opinión pública, en un número importante de países de Asia, Africa y América latina la compra de armamento es una parte relativamente pequeña de todo el gasto militar", se pone de manifiesto que el impacto de los gastos militares corrientes (sin armas) sobre el déficit fiscal, la balanza de pagos y, en consecuencia, sobre el crecimiento de la deuda fue seguramente mayor que el efecto directo de la compra de armas. En un trabajo que realizó Ball ("Gastos en Seguridad del Tercer Mundo") sobre 20 países en desarrollo entre los que se encuentra Argentina, se llega a la conclusión que "en promedio, los gastos corrientes de esos 20 países representaron entre el 70 y el 90 por ciento, y que los de personal fluctuaron de 50 a 70 por ciento de todo el presupuesto militar".

Cuadro 1

**Deuda Externa de los países en desarrollo no petroleros**

*(Miles de millones de dólares)*

| | |
|---|---|
| 1973 | 130 |
| 1977 | 288 |
| 1979 | 404 |
| 1981 | 572 |
| 1982 | 649 |
| 1983 | 686 |
| 1984 | 729 |
| 1985 | 765 |

Fuente: World Economic Outlook, Fondo Monetario Internacional

Cuadro 3

**Deuda militar acumulada**

*(millones de dólares)*

| AÑO | CREDITO PARA ARMAS | INTERESES Y SERVICIOS DE LA DEUDA* |
|---|---|---|
| 1972 | 2950 | |
| 1973 | 2480 | 165 |
| 1974 | 2510 | 340 |
| 1975 | 3303 | 527 |
| 1976 | 5155 | 764 |
| 1977 | 5990 | 1129 |
| 1978 | 6525 | 1567 |
| 1979 | 7910 | 2115 |
| 1980 | 10270 | 2907 |
| 1981 | 9535 | 3931 |
| 1982 | 11361 | 5148 |
| 1972-82 | 67991 | 18594 |

Deuda e intereses acumulados en el período 1972-1982: 86.585
Fuente: FMI, ACDA, OTAN, Banco Mundial

*Pagados por créditos de armas

## El arma de la deuda

La relativización de la importancia que tuvo la compra de armas por parte de los países en desarrollo sobre la gestación de su endeudamiento, en comparación con la totalidad de sus gastos militares, ubica a las Fuerzas Armadas en su conjunto (más allá del elemento concreto que viabiliza su poder) como factor político clave en el crecimiento de la deuda.

Pero quizás aun mayor que la incidencia de los gastos militares y desequilibrios presupuestarios de los países en desarrollo sobre el incremento de sus respectivas deudas, fue el efecto del gasto militar norteamericano y su monumental déficit presupuestario. Contrastando con los recortes que la administración de Ronald Reagan hizo en las partidas dedicadas a educación, salud y vivienda, el presupuesto militar ha subido un 8,6 por ciento en términos reales entre 1980 y 1985. Uno de cada cuatro dólares que gasta el sector público de Estados Unidos se destina a gastos militares, que son la causa principal de los aproximadamente 200.000 millones de dólares de déficit presupuestario de ese país.

Además de la interacción entre la producción de armas por parte de Estados Unidos y las importaciones del Tercer Mundo, el desequilibrio de las arcas norteamericanas hizo crecer enormemente la tasa de interés internacional y, en consecuencia, los servicios de la deuda que tuvieron que pagar o refinanciar los países que contrajeron préstamos a tasas de interés flotantes. En 1982, el 37 por ciento de la deuda de los países en desarrollo no petroleros estaba contratada a tasa de interés variable. De 1971 a 1980 la tasa internacional de interés real (descontada la inflación) fue en promedio negativa, mientras que en 1981 alcanzó valores positivos mayores al 7,5 por ciento anual y en 1982 fue superior al 11 por ciento. Si se hace el ejercicio de imaginar una tasa real de interés igual a cero para la porción de deuda contraída a tasas variables, el resultado arroja un ahorro en el pago de intereses de algo más de 26.000 millones de dólares, nada más que para el año 1982.

El gasto militar norteamericano no sólo impulsó el endeudamiento del Tercer Mundo, sino que ahora, además, utiliza lo que alcanza a cobrar de los intereses para continuar financiándolo.

Si la transferencia de armas fue un factor central en el crecimiento de la deuda externa durante los años pasados, efecto del gasto militar norteamericano no es algo histórico sino de estricta actualidad. Esas erogaciones impulsan

Guillermo Loiácono




un alza en la tasa de interés internacional, esto implica mayores servicios para los países endeudados que, a su vez, sirven para volver a alimentar el circuito.

Las industrias aeronáutica, electrónica, naval, de telecomunicaciones, nuclear, de biotecnología e informática que crecieron en los países acreedores a un ritmo exorbitante deben algo de sus resultados al complejo mecanismo montado sobre las armas y las finanzas. El mismo mecanismo que en el Sur muestra resultados totalmente opuestos, como un juego de suma cero con efectos simétricamente distintos en el que lo que ganan unos lo pierden otros. A menos que pierdan todos y el juego se convierta en infinitamente negativo. "Puede decirse –decía García Márquez– que la cancelación de la deuda externa de todo el Tercer Mundo, y su recuperación económica durante diez años, costaría poco más de la sexta parte de los gastos militares del mundo en ese mismo tiempo. Con todo, frente a ese despilfarro económico descomunal, es todavía más inquietante el despilfarro humano: la industria de la guerra mantiene en cautiverio al más grande contingente de sabios jamás reunido para empresa alguna en la historia de la humanidad. Mañana, cuando despertemos, habrán terminado nueve ojivas más para los guadarneses de muerte del hemisferio de los ricos. Con lo que costará una sola alcanzaría –aunque sólo fuera por un domingo de otoño– para perfumar de sándalo las cataratas del Niágara."

Cuadro 2

**Estimación de los créditos para armas a los países en desarrollo no petroleros 1972-1982**

*(millones de dólares)*

| | 1972 | 1973 | 1974 | 1975 | 1976 | 1977 | 1978 | 1979 | 1980 | 1981 | 1982 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1. Transferencia de armas | 6005 | 7390 | 5165 | 5145 | 6120 | 7025 | 8565 | 11085 | 12690 | 12540 | 13895 |
| 2. Donaciones de EE.UU. | 2400 | 3420 | 1520 | 1400 | 190 | 70 | 130 | 170 | 340 | 280 | 290 |
| 3. Donaciones de URSS | 490 | 900 | 520 | 360 | 760 | 710 | 1040 | 2540 | 1580 | 1560 | 1720 |
| 4. Armas que deben pagarse 1-(2+3) | 3115 | 3070 | 3125 | 3385 | 5170 | 6245 | 7395 | 8375 | 10770 | 10700 | 11886 |
| 5. Armas pagadas | 165 | 590 | 615 | 80 | 15 | 255 | 870 | 465 | 500 | 1165 | 525 |
| 6. Crédito para armas (4-5) | 2950 | 2480 | 2510 | 3305 | 5155 | 5990 | 6525 | 7910 | 10270 | 9535 | 11361 |

Fuente: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, ACDA, OTAN

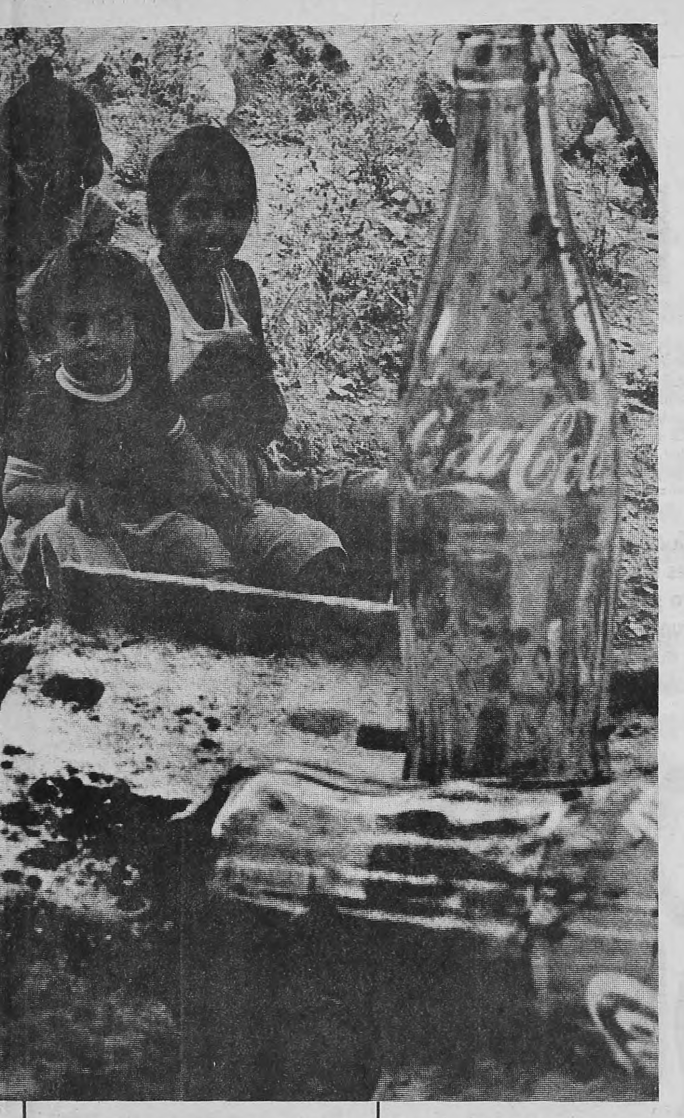
ESTADO

# Democ

En varios escritos me he ocupado de relaciones de Estados Unidos América latina, especialmente México. Vuelvo al tema con algu observaciones adicionales. Las r ciones entre estos dos mundos han sido parti larmente difíciles debido a diversas circuns cias. La primordial es la diversidad de histor cultura: ellos son los hijos de la Reforma y d Ilustración; nosotros, de la Contrarreforma los imperios de España y Portugal.

No menos determinante ha sido y es la mensa desigualdad económica, técnica, po ca y militar. Esta desigualdad ha sido el ori de muchos abusos e injusticias, equívoco resentimientos. Pero hay otra fuente de ma tendidos y desacuerdos: la incapacidad p comprender al *otro*. Ni los norteamericano los latinoamericanos sabemos dialogar con extraños. En general, la imagen que nos ha mos de los *otros*–terrible o grotesca, monstr sa o irrisoria– es el reflejo de nuestros temo carencias y contradicciones íntimas. No tanto una imagen del extraño como de noso mismos. Esta deformación psicológica y so es universal, pero en cada pueblo tiene carac rísticas específicas, hijas de su historia. E caso de los Estados Unidos refleja una con dicción básica, presente desde su nacimient que su carrera de gran potencia ha hecho m más visible. La contradicción norteameric puede enunciarse, sucintamente, de esta ma ra: son una democracia y son un imperio. A lizar la naturaleza de esta oposición, así superficialmente, puede ayudarnos a compr der un poco la política internacional de Esta Unidos.

Comenzaré por decir que la raíz de esta c tradicción, que lleva a los norteamericano emprender acciones repentinas y brutales, guidas por períodos de indecisión –curi mezcla de maquiavelismo y candor–, es o más profunda. Esta última consiste en la op ción entre el público y lo privado. La democ cia norteamericana fue fundada para protege



## S UNIDOS - AMERICA LATINA

# cracia e imperio

*Por Octavio Paz*

derecho de los individuos a seguir libremente sus aspiraciones y perseguir sus fines particulares, siempre que unas y otros sean legítimos.

La idea de *felicidad* no es una noción política, sino más bien íntima y personal; sin embargo, figura de modo prominente en su Constitución, y nada menos que como uno de sus fines. En cambio, ni en las leyes fundamentales ni en la moral colectiva aparece alguna idea supraindividual, religiosa, política o metafísica que sea la *raison d'être* de la nación norteamericana. Me refiero a esas nociones colectivas que resume una palabra y designa un emblema: la *polis*, la *urbis*, la cruz, la media luna, la hoz y el martillo, el sol naciente, etcétera. Esto ha tenido un efecto doble: el primero, benéfico, ha sido limitar el poder del Estado, prevenir los abusos gubernamentales y asegurar la libertad general; el segundo, nefasto, la sobrevaloración del individualismo. En ciertos momentos de la historia contemporánea de Estados Unidos, la saludable separación entre los fines privados y la responsabilidad pública se ha convertido en divorcio suicida.

Desde su origen en Grecia, la significación social e histórica de la democracia consistió, esencialmente, en el derecho del ciudadano a ocuparse de los asuntos públicos. Era un derecho inherente a la condición de ciudadano. La revolución democrática convirtió a los individuos privados en sujetos públicos que, reunidos en asambleas, discutían y resolvían, por medio del voto, los negocios colectivos.

La decadencia de la democracia ateniense comenzó cuando, a consecuencia de la derrota de Queronea, se retiró a una parte de la ciudadanía sus derechos políticos. La gran novedad política de la democracia, en la Antigüedad, consistió en hacer del súbdito del monarca (sujeto privado) un ciudadano (sujeto público). En la Edad Moderna, sobre todo en Estados Unidos, se invierte la relación entre los términos: es decir, entre el poder público y el sujeto privado. La Constitución norteamericana consagra un principio que no sólo reconoce el derecho de los ciudadanos a participar en la vida pública, sino que traza límites estrictos a la intervención del poder público en la vida privada y en los asuntos de los ciudadanos. En el mundo antiguo, lo privado (el ciudadano) tiene jurisdicción sobre lo público (la ciudad); en el mundo moderno, especialmente en Estados Unidos, el poder público atenúa notablemente su jurisdicción sobre lo privado.

La observación que acabo de hacer se refiere al aspecto negativo, por decirlo así, del principio de la preeminencia de lo privado sobre lo público. En su forma positiva, se expresa, como ya señalé, por la declaración constitucional en la que se afirma que uno de los fines de Estados Unidos, como nación soberana, consiste en asegurar la libre y pacífica "búsqueda de la felicidad". Aquí, la política se subordina clara y explícitamente a lo privado.

En efecto, la búsqueda de la felicidad es, por esencia, una actividad privada, íntima; por esto ha sido, tradicionalmente, el dominio de la religión, la filosofía y la moral. En la Antigüedad, la decadencia de la *polis* y de la democracia, durante el período helenístico, coincidió con el gran cambio filosófico: los epicúreos y los escépticos mostraron desdén por las especulaciones políticas de la filosofía clásica (Platón y Aristóteles); concibieron la filosofía no como un saber que comprendía temas políticos tales como los deberes y derechos del ciudadano, el tipo ideal de sociedad y otras cuestiones semejantes que habían preocupado a sus grandes predecesores, sino como la búsqueda de la serenidad y la felicidad en la vida privada. La decepción ante los reveses históricos de la *polis* se reflejó en esta renuncia de los filósofos a la especulación política. La excepción fueron los estoicos, pero ellos también dejaron de ver en el hombre al ciudadano, a la manera de Aristóteles, que lo había definido como un "animal político"; es decir, como un ciudadano; para ellos, la patria del hombre no era la ciudad, sino el cosmos, la sociedad universal de las sociedades.

La originalidad histórica de Estados Unidos aparece desde esta perspectiva muy claramente. Ni la renuncia a la vida pública como la de los epicúreos y los escépticos de la Antigüedad y la de muchas sectas religiosas, ni tampoco la supeditación del súbdito al poder público, salvo en materia de fe, como en el cristianismo (al César lo que es del César).

La revolución de la modernidad, sobre todo en su expresión más radical y completa, Estados Unidos, consiste en una inversión de valores que es a un tiempo política y ética: el fundamento de la sociedad es la vida privada. La preeminencia de lo privado es, sin duda, una herencia de la Reforma que, frente a la tradición del catolicismo romano, acentuó la subjetividad del creyente y consagró la libre interpretación de las Escrituras. Al atenuarse los rigores de la ética puritana, este individualismo facilitó el tránsito hacia el hedonismo contemporáneo. Ahora bien, en la esfera de la política, el hedonismo se manifiesta como desinterés por los asuntos públicos. El mal que infecta a las sociedades liberales modernas es su creciente indiferencia frente a los valores sociales; es decir, su nihilismo. El ideal del diablo es la indiferencia universal. El sorprendente abstencionismo en las elecciones norteamericanas, precisamente en la nación reputada como una isla de democracia en este bajo mundo, confirma que la libertad de los ciudadanos no sólo es el origen de actos heroicos, sino también de la egoísta indiferencia. Esto lo sabían los griegos y los romanos, pero nosotros, lo modernos, lo habíamos olvidado.

A la exaltación del individuo en la tradición religiosa y política de Estados Unidos debe agregarse otro factor determinante: el carácter antihistórico de su proyecto nacional, que tiene los ojos puestos en el futuro y pretende hacer tabla rasa del pasado. Este es origen del aislacionismo norteamericano. Las raíces del aislacionismo son históricas. Estados Unidos fue fundado cara al mundo, frente y contra el pasado, sobre todo el pasado europeo: monarquía, nobleza, jerarquías hereditarias.

La condenación de la historia contiene la afirmación implícita de un pueblo elegido que escapa de la historia y sus conflictos para realizarse en la *no man's land* del futuro. Los medios para alcanzar esa finalidad son la libre asociación, el trabajo y sus recompensas: la democracia y la libertad. Pero democracia y libertad *dentro* de la comunidad de los elegidos. Para los fundadores de Estados Unidos habría sido impensable llevar la guerra a otras tierras para implantar sus ideas de libertad y democracia. Y esto fue lo que hicieron, cabalmente, en esos mismos años los revolucionarios franceses. ¿Dos temperamentos nacionales? Más bien dos visiones del mundo. La vocación de los norteamericanos tiene su origen en el protestantismo fundador, y su expresión es un dualismo moral: ellos y nosotros.

Este dualismo es, en sí mismo, una contradicción: Estados Unidos estaba condenado, desde el principio, a tratar con los otros. Los autores de la declaración de independencia y de la Constitución eran los herederos de una doble tradición: la Reforma y la Ilustración. Ambos movimientos habían sido una crítica de las perversiones y las corrupciones de la historia y una tentativa por volver al principio del principio. Aunque inspirados por ideas distintas, en ambos la crítica se enlaza a la visión de una sociedad nueva y compuesta por hombres nuevos. Así fundaron a su país para escapar de la historia, pero ese acto fue eminentemente histórico; desde entonces, el pueblo norteamericano *está* en la historia: entre, frente, contra y con los otros pueblos.

Hoy son una gran potencia y no solamente su destino, sino su supervivencia misma es inseparable de su acción en el mundo. El espacio en donde se despliega su acción no es el territorio abstracto del futuro, sino el muy concreto de la historia en su dimensión más inmediata y urgente: el presente. De ahí que los norteamericanos den con frecuencia la impresión de no estar muy seguros de cuál es su función en el mundo. Esta indecisión se manifiesta, como dije, por acciones imprevistas, generalmente violentas y de corto alcance, que invariablemente se resuelven en recaídas en el aislacionismo. Se trata de una predisposición nacional, compartida por los demócratas y los republicanos: un rasgo decididamente antirromano.

Otro ejemplo de la naturaleza paradójica de la acción internacional norteamericana ha sido la política frente a la Unión Soviética, llamada de *containment*. Esta política fue la doctrina semioficial de los Estados Unidos hasta hace unos cuantos años. Contener al adversario es la mitad de la acción; más claramente: una acción puramente defensiva es una acción negativa y, en cierto modo, es una no-acción. No es una estrategia, sino una táctica destinada a detener al adversario y así prolongar el conflicto sin resolverlo. Con esto no quiero decir que los norteamericanos deberían seguir una política ofensiva contra los rusos, sino que, por sí sola, la política defensiva no contiene ningún elemento positivo; no es la guerra, pero tampoco es la paz.

Un ejemplo contrario es el de la política soviética: en ningún momento, Rusia ha desistido ni ha capitulado. Sus objetivos de hoy son los de ayer: la dominación universal de un sistema y una idea; su estrategia también es la misma: una acción paciente y de largo plazo que combina las tácticas ofensivas con las defensivas; la violencia con la acción diplomática, cuidadosa siempre de no desencadenar ningún conflicto, pero sin abandonar jamás sus objetivos. Una verdadera estrategia imperial en la que los retrocesos mismos son transitorios, pausas que sirven para preparar nuevas acciones. La política soviética tiene una finalidad: ¿cuál es la de Estados Unidos?

Una consecuencia de esta actitud es la ausencia de una clara distinción entre los asuntos interiores y los externos. En las democracias, las facciones tienden a ver la política exterior como una dimensión de la interior, y muchas veces no vacilan en usar los temas internacionales como armas ideológicas en sus luchas por el poder. Es una confusión que perdió a los atenienses y que hoy es la llaga enconada de la política exterior norteamericana. En ella se expresa abiertamente a la luz pública la oposición entre democracia e imperio. Esta oposición no es nueva en la historia: la conocieron las democracias de la Antigüedad y, en el siglo XIX, Inglaterra y Francia.

El precedente de Atenas y Roma es particularmente instructivo: la primera, incapaz de curar con medios democráticos los males de su democracia, fue derrotada por sus enemigos; la segunda sobrevivió y se engrandeció, pero tuvo que sacrificar sus instituciones republicanas y democráticas. No sabemos qué porvenir aguarda a la nación norteamericana. Nuevos fracasos en su política internacional podrían provocar una ola de extremismo nacionalista. Hoy se ve al cesarismo como una posibilidad no sólo remota, sino quimérica; se olvida así que, históricamente, ha sido una tentación permanente en todas las democracias en períodos de peligros y de crisis. Estados Unidos no es una excepción histórica.

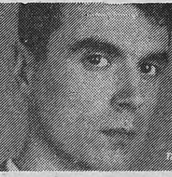
La política exterior de un gran país no puede ser objeto de las disputas entre los partidos y las facciones; tampoco puede ser el pretexto para maniobras electorales y escándalos repetidos. En verdad que las querellas despiadadas entre los partidos, los grupos y los individuos no son nuevas en la historia. La democracia ha sido siempre el gran semillero de la gran pasión mortífera: la *envidia*. Durante los últimos años, la vida pública norteamericana parece la ilustración viviente de las críticas de los antiguos filósofos e historiadores acerca de los males de las democracias: las disputas internas entre los grupos y las banderías, que son muchas veces coaliciones inspiradas por una ideología y un programa; la indiferencia de la mayoría por los temas generales, nacionales e internacionales; la sorprendente persistencia de un miope provincialismo en el país mejor informado del mundo; la concepción de la política como una lucha de personas y no de ideas; la transformación de la vida pública en espectáculo: Estados Unidos ha evitado el caudillismo y las tiranías, pero ha convertido a sus dirigentes en figuras no muy distintas de las del campeón deportivo y la estrella del cine y la televisión; el culto inmoderado por la publicidad, fomentado por la prensa y los medios de comunicación, que especula con la fascinación del pueblo ante la vida privada de sus dirigentes; la mezcla de morbosidad y puritanismo en la opinión popular, en fin, la envidia general disfrazada de preceptos morales... Todos estos rasgos componen un cuadro que sería curioso si no fuese también deprimente.

En un pasaje de su *Historia*, al hablar de la caída de las ciudades griegas, Polibio dice algo que es perfectamente aplicable a la situación de Estados Unidos: "Todos los pueblos que llevan en la sangre la inclinación a dominar y la pasión de la libertad no cesan nunca de pelear entre ellos, porque ninguno está dispuesto a ceder al otro el primer puesto". Esta doble pasión nace con la libertad y acaba con ella. Entre la demagogia y el cesarismo, ¿no hay una solución intermedia? Sí, los romanos la llamaban *virtud*, y los cristianos, *templanza*. Ambas son respuestas a situaciones semejantes: la insurrección de los apetitos y las pasiones es un relajamiento de la libertad, y sólo puede remediarse por un acto libre de automoderación. Este acto es íntimo y moral, traducirlo a términos *sociales y políticos modernos* es extraordinariamente difícil. Sin embargo, ésta es la tarea que impone la historia contemporánea a los ciudadanos de Estados Unidos. Encontrar la respuesta a este reto será resolver, o al menos atenuar, la contradicción entre imperio y democracia.

# DAVID BYRNE

# EL HOMBRE ORQUESTA

**David Byrne, el líder del grupo Talking Heads, ha sido calificado como el Cocteau de los ochenta, como creador renacentista e intelectual rock, pero sobre todo es también un gran vendedor de sí mismo. Además de cantar ha hecho cine. Su primera película, *Stop making sense* –un largometraje documental sobre un concierto del grupo–, está considerada como una de las mejores de su género. *True Stories* es el título de un film del que Byrne es guionista, director, actor y compositor.**



En *Stop making sense* se ve a un David Byrne con expresión de desquiciado empequeñecido dentro de un enorme traje. Así lo encontramos sentado solo en un sofá en una enorme habitación casi vacía. Se le ve como perdido y avergonzado. Alarga la mano para saludar blandamente y mira al piso, su voz sale en un hilo y ríe nervioso. Va vestido de negro y lleva los zapatos algo sucios, sobre la mesilla hay una manzana mordida. ¿Es éste el dueño del escenario, uno de los genios de nuestra década?

No suele expresarse con la pedantería intelectual que algunos le achacan. En el libro de *True stories* escribe además que prefiere alejarse de temas cargados –como sexo, violencia e intriga política– porque tan pronto se llega a estos temas todo el mundo tiene ideas preconcebidas. "Pensé que para esta película, *True stories*, era mejor ocuparme de las cosas llamadas triviales y de la vida cotidiana de la gente. Esto para mí es en cierta forma más realista, retrata mejor lo que la vida es. En la película evito aquellos temas, y sería fácil para mí decir por qué lo hago, tal vez sean materia de mi próxima película. Traté de hacer un cortometraje hace poco en Japón, aunque al final no funcionó, tuve problemas con los que ponían el dinero. Era una película de una hermosa violencia, con mucha sangre. No se trata, por tanto, de que yo evite estos temas, sino que no entraban en *True stories*, dice.

¿Una *hermosa violencia?* ¿La violencia como experiencia estética? "Sí, la violencia desde un punto de vista estético. Era una película más simbólica que realista, de manera que no sentías que las personas eran asesinadas, o despedazadas, o algo así. Lo que veías era sólo la idea de la violencia".

En las letras de sus canciones tampoco acostumbra utilizar un lenguaje directo que diga las cosas tan claramente como lo hace la mayoría de los grupos de *rock* y *pop*.

"Para mí es muy difícil hablar de algunas cosas directamente en una canción porque parece que te refieres solamente a esta situación concreta, y una de las mejores cosas de las canciones es que si dejas una interpretación abierta puede ser recibida por mucha gente con vidas distintas a la mía. En uno de los discos que hicimos con los Talking Heads en el que yo hice las letras de las canciones, la mayoría de ellas no te decían nada si las leías sobre el papel, estaban ahí por la combinación con la música y por el sentimiento que las cruzaba. Eran canciones que no decían nada en concreto pero que eran más directas que si hubieras tenido que decir claramente las cosas".

Se nota en los últimos tiempos, una influencia de la música latina en los discos de Talking Heads. Hace poco han grabado una canción con Celia Cruz. "Con la música latina puedo bailar. Puedo bailar mejor la música latina que el *rock and roll*", dice. "Me gusta también mucho la forma de cantar, aunque en muchos casos no entiendo las letras de las canciones. Vi una vez a Celia Cruz con Tito Puente en el Apolo Theatre y me parecieron fabulosos. He grabado con ella una canción, *Amor loco*, para una película de Jonathan Demme, director de *Stop making sense*".

Talking Heads ha evolucionado de un minimalismo a un cierto eclecticismo. Toma elementos de todas las músicas para sus canciones y recortes de periódicos para su película. "Pienso que la gente hace esto cada día más. Toman las cosas que encuentran por todos lados y las vuelven a combinar de maneras distintas. Leí dos libros de historia, *Memorias del fuego* (Eduardo Galeano) –una colección de ensayos elaborados con diversas y variadas fuentes sobre la historia latinoamericana–, y otro sobre la revolución industrial en Inglaterra, elaborado a partir de cartas, poemas y documentos puestos todos juntos. Ambos libros me conmovieron".

"No sé por qué es ésta la forma en que la gente trabaja ahora. Parece como si no fuésemos capaces de producir más cosas nuevas y tuviésemos que organizar las muchas que ya tenemos".

La música de Talking Heads forma parte de un movimiento renovador en el sonido de los ochenta. El uso de la voz ha cambiado mucho en los últimos 10 años en el *pop-rock*, y en el caso de Byrne esto es evidente. "Sí, yo particularmente me preocupo ahora más de cantar y no tanto de gritar. Pero aunque mi forma de cantar fuera menos melódica o menos natural, quería que sonara como un canto. Tal vez estaba entonces un poco más nervioso en escena o no tenía la actitud correcta al hacerlo. Encuentro que ahora estoy más relajado. Me siento sorprendido por el hecho de que no aprendo más sobre canto, pero estoy más confiado en el escenario y eso lo hace mejor. Sé que estoy dando la nota adecuada y que puedo quedarme en ella y me parece mágico que salga mejor".

"Nosotros ensayamos mucho. A veces sólo tengo delineada una forma de expresarme en el escenario que luego en los ensayos se modifica y mejora y sale espontáneamente".

En *True stories* hay ciertas citas bastante evidentes de Fellini, así como una influencia de las películas de Jim Jarmush. Tal vez se esté dando en este momento en EE.UU. un nuevo movimiento de cine de bajo presupuesto que incluiría este film, así como *Platton* o *Strangers than paradise* y *Down by law*, estas últimas de Jarmush.

*True stories* presenta la historia en un imaginario pueblo de Texas. La realidad según David Burne no deja de tener algo del realismo mágico de la literatura latinoamericana. "Pienso que de alguna manera esta película va en la misma dirección. Me gusta mucho la literatura latinoamericana, aunque he leído solamente cosas de los autores más conocidos, como García Márquez, Cortázar, Borges, Vargas Llosa y Cabrera Infante".

David Byrne ha afirmado en alguna ocasión que en los Estados Unidos referirse a algo como arte sólo contribuye a que la gente se aleje de ello. El arte es algo que inspira demasiado respeto, algo que les recuerda demasiado la inaccesible cultura de elite a la europea. "A veces en los Estados Unidos ponerle la etiqueta de arte a algo sólo contribuye a la desconfianza, piensan que es algo poco sincero, que no expresa los verdaderos sentimientos de la gente, que es un montaje con el que se les quiere engañar, y eso no es siempre cierto".

"Tal vez esto haya sucedido porque hasta ahora existía la noción importada del arte europero para una elite y ahora se trata de desarrollar sus propias formas de arte. En la película *True stories* se ve cómo algunos de los personajes hacen de su forma de vida una creación constante, sus ocurrencias tienen algo hermoso que expresan de una forma extraña y original. Ellos crean algo nuevo que yo veo como algo artístico porque para mí tiene ese sentimiento, aunque ellos seguramente no tuvieron esa intención. La forma en que cambian sus vidas tiene para mí algo de expresión artística, pero lo hacen con su vida diaria en lugar de escribir un libro o pintar un cuadro".

La colaboración de David Byrne con otros artistas de vanguardia en diversas disciplinas es frecuente. Ha compuesto la música de la ópera de Robert Wilson *The civil wars* (aparecida en el disco *The knee plays*) y trabajó con Twyla Tharp en la coreografía de *The catherin wheel*. Su próximo proyecto es hacer una película sobre el *Gilgamesh*, una historia épica clásica. "Fui a Berlín con la proposición de que Robert Wilson y yo trabajemos sobre esta historia una obra de teatro y luego una película que se estrenaría el próximo año aquí".